



DR. ADOLFO GARCIA DIAZ
Director de la Escuela de Filosofía

¿FABRICAS O ESCUELAS DE FILOSOFIA?

Con motivo de la 1ª Promoción de Lic. en Filosofía (1963).

En un informe presentado al Consejo Universitario, en ocasión de discutirse el proyecto de apertura de nuestra facultad de Humanidades y Educación, se hacía constar que la no inclusión de una Escuela de Filosofía en ella equivalía sin más a "limitar arbitrariamente sus funciones". Igualmente se preveía ahí el escaso número de inscripciones con que contaría crónicamente esa Escuela, y este dato, extrapolado a partir de lo que ocurre siempre en Escuelas similares, organizadas en lo fundamental de acuerdo con los mismos patrones, que la nuestra no se sacaba a colación con el fin de justificarlo y de justificar, como consecuencia inmediata, a la Escuela de Filosofía; porque, en realidad, uno y otro son injustificables, en un sentido muy determinado y común; pero que, en el seno de una Universidad, no tiene cabida ni razón de ser. Los intentos repetidos que se han hecho de dar explicación de esta peculiaridad no deben tomarse tampoco como argumentos justificativos; pues justificación es una cosa y explicación otra. Es una falacia creer que tal o cual explicación de un hecho constituya a la vez su justificación, ya que son sus condiciones objetivas mismas las que lo explican, mientras que su justificación depende de las normas o pautas establecidas para juzgar hasta qué punto se adecúa o no a ellas.

Peró aquí cabe hacer una advertencia. Puede haber una doble inadecuación entre hechos y normas. A veces el hecho no se ajusta a normas que le son aplicables, por estos o aquellos motivos, y a veces no se ajusta porque las normas mismas le son inaplicables de suyo. Cuando esto último sucede, no es el hecho el injustificado, sino las normas las desajustadas y el criterio con que las hemos elegido y aplicado erróneo.

Uno de tales criterios, el más socorrido por las personas a quienes preocupan los graves problemas de la docencia y se desviven por pedir la justificación de toda Escuela, que posea menos de mil o dos mil alumnos próximos a graduarse, es el criterio que podría razonablemente describirse como el del administrador de fábrica con no abundantes nociones de economía. Dada tal inversión y tal número de productos, es el costo de ellos exclusivamente el que justifica o no a la fábrica. Mientras más se produzcan costarán más barato, menor será el despilfarro y mayor la ganancia. Bien comprensible es que una visión tan práctica y sobre todo tan fácil de entender haya sido acogida con tanta benevolencia. De ahí que, usado dicho criterio, nada de extraordinario tiene la comprobación resultante de que, en cuanto fábricas, las Escuelas todas de Filosofía, y no sólo la de la Universidad del Zulia, son un rotundo fracaso. La única dificultad con que se tropieza es que las normas simplistas aquí hechas intervenir son aplicables a una Universidad concebida como mera administradora de bienes y no como administradora o donadora de cultura, por así decirlo. Pues, las normas por esencia cualitativas del mundo cultural son lo más ajeno de todo a la medición cuantitativa. Los resultados del proceso educativo universitario difieren en un aspecto fundamental de los de las fábricas. Numéricamente pueden coincidir; pero, así como el número de los segundos son índice revelador de eficiencia, no se puede decir lo mismo por lo que toca a los primeros. La calidad de una Universidad no se establece con ayuda de números; no se mide a tantos ingenieros, tantos físicos, tantos pedagogos, etc., por hora. Es obvio, por otra parte, que una serie de datos

estadísticos, por ejemplo los referentes a la relación entre gastos generales y número de alumnos, tienen un valor informativo, como lo tienen los datos acerca del número de aulas y de sillas con que cuenta una Universidad; pero en modo alguno pueden ser señal de la bondad de sus actividades culturales y académicas. Y pretender lo contrario es, a lo menos, lamentable, si es que no antiuniversitario. Sus logros cabe juzgarlos, en cambio, en razón directa del logro de los fines propios de sus Escuelas y, para aumentarlos, se requiere no sólo un concepto adecuado de ellos sino además la voluntad de la sociedad para erogar los gastos tan elevados que hacen posible su realización.

Con todo, es innegable que el establecimiento de nuevos centros de enseñanza debe responder a necesidades reales y contar de antemano con una suficiente base económica. Lo que no es lícito es valorar su importancia con criterios de fabricante. Las instituciones encargadas de impartir el conocimiento de las ciencias y las humanidades, que son la cultura, son siempre necesarias, aunque no todas lo sean en el mismo sentido. Unas, como son especialmente aquellas dedicadas a los llamados estudios "no liberales", inmediatamente utilitarios en sus propósitos, deben su necesidad a hechos externos, pertenecientes a la circunstancia que las rodea; pero otras no han sido creadas ni se crean debido a que el medio las solicite urgentemente en razón de factores las más de las veces de índole económica, sino que su necesidad les es intrínseca; son necesarias por sí mismas y no por algo ajeno. Quizá eso es en parte consecuencia de la utilidad mediata de las disciplinas en ellas enseñadas; pues las ciencias puras y las humanidades —en su sentido legítimo— también sirven para algo. No sirven al hombre para perseverar en su existencia, pero le sirven para ser hombre. Nada más, pero nada menos.

Sea lo que fuere, no es menos cierto que tales instituciones crean su necesidad y, en esa medida, cambian el medio en que aparecen al darle una forma nueva. Que éste sea más o menos moldeable o informable no altera en nada el presente hecho. Una orquesta sinfónica —para poner un ejemplo— se constituye, no con el ánimo de obtener un provecho económico de ella o para proporcionar simplemente trabajo a unos cuantos músicos, ni a causa de que ya exista en todos los casos un público previo que la solicite, sino porque es necesaria en sí misma y poco a poco lo va siendo más al imponer su importancia y presencia lentamente, sin que a nadie se le ocurra pensar con seriedad que no se ha menester de ella dado lo escaso de su público y la lentitud en alcanzar sus propósitos, ni que es peor o mejor, por eso, que otros. Lo mismo cabría decir de otras instituciones, entre las que se cuentan las Escuelas de Filosofía. A ninguna de ellas, por otra parte, le hacen falta defensores que vengan a señalar cuál es su puesto real en nuestro mundo cultural cotidiano, si bien no debemos tomar siempre a la ligera el hecho de que se usen criterios inadecuados para estimarlas y se tome la actitud ridícula del que piensa que con una buena planificación no sólo la fabricación de cultura resultará punto menos que gratuita, sino que incluso llegará a producir muy pronto efectivos ingresos pecuniarios.